En aquellos días nos dijeron que la guerra había terminado, pero que mamá ya nunca más volvería, porque había muerto. Lloramos mucho, prácticamente hasta que nos acostaron y nos dormimos. No recuerdo que por entonces padre me hiciese el discurso a la primogénita, aunque sí recuerdo a Sabina y a Isa alegar, cuando les convenía:

—Pues papá ha dicho que tú, Marcela, tienes que cuidar de nosotros como una madre.

Era primavera y pronto llegaría la fiesta de fin de curso, en la que estaba segura de que mis hermanas y yo (como efectivamente sucedió) obtendríamos diploma y medalla. Se veía venir por el trato que nos daban las jesuitinas, que, por muy bichos que fueran, no podían distinguirse de la conmiseración que la gente nos tributaba y que duró dos o tres años, desde el solemne funeral en la catedral. Más que confortada, me sentía orgullosa las tardes en que padre nos llevaba a pasear a la ciudad, los cuatro de luto riguroso, personas de todas las clases pasándonos a cada paso para expresar su sentida condo-

©Herederos de Juan García Hortelano, 2017

lencia, para predicarnos resignación, algunos a darnos ánimos, así nos encontrasen por la Bajada de las Animas, por el Camino de las Huertas, y no digamos en el Parque, la calle Ancha o al cruzar la Plaza Mayor en busca de la calesa.

La sensación de bienestar y dulzura me duraba hasta que, ya en camisón, me arrodillaba junto a la cama y, al tiempo que decía las oraciones de la noche, sacaba del devocionario el recordatorio del funeral de mamá, besaba la estampa y, debajo del nombre, leía: *Trágicamente desaparecida en la zona roja.* Me venía la tristeza, mezclada a una especie de rabia, porque, en contra de lo que padre había prometido durante los años de la guerra, mamá no había vuelto a casa. En la cama, la tristeza no me dejaba dormir y, encima, se me olvidaban las cosas buenas. Se me olvidaba que la noticia por lo menos nos había sorprendido ya en la casa de campo, que pronto vendrían los primos a bañarse en la alberca, que cogeríamos higos y organizaríamos expediciones. Olvidaba, sobre todo, que el expediente de depuración, que le habían hecho a padre por tener a la esposa con los rojos, se lo iban a sobreseer, dado que a mamá ahora se la podía considerar como mártir de la Cruzada.

Casi peor que la tristeza era la preocupación de ver a padre cada día más raro. No le gustaba que le preguntase detalles de la muerte de mamá y, a veces, me decía que yo debía estar contenta. Como todos los años, al trasladarnos a finales de marzo a la casa de campo, habíamos pasado de externas a mediopensionistas. A la salida del colegio nos esperaba Honorio con la calesa. Ya se notaban los días más largos y el atardecer, aunque estuviese nublado o lloviese, por los campos parecía atardecer de verano, incluso olía a verano de repente. Y de repente, una de alquellas tardes, aún más maravillosa quizá que las tardes maravillosas que anunciaba, Sabina dijo:

—Papá me ha dicho que nos mudamos a la casa de la ciudad.

—Mentira —repliqué—, porque hace poquísimo

que hemos venido y siempre estamos hasta el otoño.

—Anda y pregúntale a Honorio si es mentira que nos mudamos el lunes. ¿A que sí, Honorio?

—Yo me alegro —dijo Isa—. La comida del colegio sabe a cacerola.

—Muchachas, no crearle a vuestro padre más complicaciones de las muchas que le han caído encima. Y a obedecer lo que él mande, que es por vuestro bien.

El lunes se hizo la mudanza. Nos dijo que era a causa del luto; al poco tiempo, porque iba a hacer obras en la casa de campo. ¿Para qué obras, si, además, aquélla había sido la casa preferida de mamá, donde más cosas suyas se guardaban, auténticos tesoros, y recuerdos? Para mayor rareza, padre se quejaba con frecuencia de falta de dinero, de que con el final de la guerra los precios estaban subiendo una barbaridad. El era quien se creaba complicaciones con aquellas obras inútiles, que yo estaba convencida de que durarían el verano entero, no hasta mediados de julio, como me había prometido.

Terminó el curso, pero no daba la impresión. Nos pasábamos el día encerradas, la mayor parte del tiempo sin saber qué hacer, ahogadas de calor, Isa mustia y Sabina insoportable. Mientras, los primos Perú ya estaban en la finca, con los amigos que cada año invitaban, con Olalla. A la caída de la tarde nos sacaba a pasear alguna de las criadas y no veíamos otros árboles que los del Parque. Padre volvía tarde, algunas noches después de la cena. Estaba demasiado poco triste, por bien que marchara el expediente de depuración. Hacía burlas del aspecto que teníamos con aquellas ropas teñidas de negro y reía a carcajadas con las pequeñas. Una mañana, mientras se afeitaba, le oí cantar. Y ya no pude dejar de pensar que padre o estaba loco o feliz de haberse quedado viudo.

Algún domingo nos llevó a pasar la tarde al campo. Unicamente nos permitían entrar en la cocina, para que no nos ensuciásemos o no nos partiésemos la cabeza en una habitación con las vigas del suelo al descubierto. A

Honorio le dio por vigilarnos constantemente. Fuera, sólo en una ocasión encontramos al pequeño de los Perú, que todavía aquel verano no había perdido la costumbre de merodear por los cerros; por lo que nos contó, estaban resultando unas vacaciones tan divertidas como las anteriores. Aquella noche, conforme la calesa rodaba por las calles de las afueras, me sentí como una monja arrepentida que regresa a su convento de clausura y, por primera vez, odié a padre y reproché a mi madre haberse muerto.

La casa de campo, cuando en agosto nos trasladamos de nuevo a ella, aparentemente no había cambiado y, sin embargo, algunas habitaciones del segundo piso habían ganado espacio y todas, luz. El camaranchón, antes lleno de trastos inservibles, lo había convertido padre en su despacho y no sólo había instalado allí la biblioteca, sino también un cuarto de baño y una especie de otomana, para descansar a ratos del trabajo. A la pobre mamá le habrían gustado las reformas. A mí, aunque con remordimiento porque me constaba que lo hacía por nosotras y no porque tuviese un temperamento emprendedor, me dolió que hubiese decidido dedicarse al negocio de la construcción en vez de seguir de tapadillo con el bufete hasta que lo depurasen.

La verdad es que los cambios en la casa apenas nos ocuparon unas horas después de la llegada. Recuperamos en seguida las costumbres del verano, y por mi parte con la ansiedad de saber que ya había transcurrido la mitad de las vacaciones. Como todas las comidas, salvo la del mediodía, se servían en el cenador del jardín, a la casa sólo entrábamos para dormir. Y algunas noches, casi sin tiempo para decir las oraciones y besar el recordatorio del funeral, lamentaba dormirme tan de prisa, sin gustar la paz y la frescura de la noche.

Olalla me puso al corriente la primera tarde que nos vimos. Había conocido a la bruja unas semanas antes, siguiendo, sin que él lo sospechase, al menor de los Perú.

—Como tú no estabas, me aburría y pensé que algo

descubriría yendo detrás de ese vagabundo. Por lo menos, le espiaba. Y así encontré a la bruja. Dice que han sido ya diez veces que la choza, en plena noche o en pleno día, da lo mismo, se llena de una luz azulísima, que se va juntando juntando, hasta formar la imagen. Le he hablado de ti y está conforme, con tal de que no se te escape ni una palabra.

—Te lo agradezco infinito, Olalla. Pero una cosa, dime, tú verdaderamente ¿crees que la luz en lo que se convierte es en la Virgen María?

—Ay, Marcela, qué pregunta... Y ¿en quién si no?

—Tienes razón. Lo primero que le pediré es que me explique con todo detalle cómo murió mamá y cómo la enterraron en la zona roja, sin un sacerdote que le diera siquiera la extremaunción.

—Seguro que la imagen te dice que tu madre está en la gloria tan ricamente.

Era mucho secreto para mí y se lo medio conté a Sabina, a aquella hora durante la que diariamente Isa dormía la siesta bajo la higuera grande, Sabina leía una novela y yo me consumía de impaciencia hasta que aparecían en la huerta. En vez de quedarnos allí con los demás, esperando terminar de hacer la digestión para poder zambullirnos en la alberca, Olalla y yo cogíamos la bolsa, con la comida que le llevábamos de lismosna, y nos poníamos en camino.

Las primeras tardes me pareció que la choza estaba lejísimos. Luego, me hice a la idea de que sólo se tardaba media hora a la ida y media hora a la vuelta, siempre que Olalla no eligiese, por razones complicadas, rodeos y vericuetos. Era difícil creer que la Virgen se aparecía en un sitio tan repugnante y tan tétrico. Cuando la bruja no tenía el pálpito, nos salíamos las tres a la puerta de la choza y, aunque el paisaje era un inmenso vertedero hasta la aldea en la loma del cerro, allí cabía la posibilidad, al menos, de que se desprendiese del cielo un pedazo de luz azul.

Al regreso de aquellas peregrinaciones ya se había formado el corro de contar historias y, sentados en

círculo junto a la alberca, nos recibían con pullas y bromas de mala intención.

—Me extraña a mí que esa vieja —dijo un atardecer Juan Perú— no esté recogida por Auxilio Social.

—Intentar ya lo han intentado —replicó Olalla—, pero, a cambio, la obligan a lavarse, a comulgar y a cantar el himno.

—Lo que yo me figuraba —dijo Treviso—. Esa vieja es una comunista.

A consecuencia de la discusión que se entabló, algunas tardes no acompañé a Olalla a la choza, a riesgo de que, precisamente en mi ausencia, se apareciera la Virgen. Olalla, para contrarrestar las acusaciones, contó en un corro de historias que la Divina Señora se mostraba muy satisfecha de la España nacional-sindicalista y que encargaba a los españoles, por mediación de la bruja y bajo el mando del Generalísimo, la defensa de Occidente y la evangelización de Rusia. Este aval causó efecto durante algún tiempo, pero un atardecer, en que Olalla y yo regresábamos mohínas porque habíamos encontrado cerrada la puerta de la choza, Sabina conjeturó:

—Me da en la nariz que esa vieja asquerosa no es comunista, sino masona.

Ya había comenzado septiembre; pronto, a la hora en que el misterio alcanzaba en el corro la cumbre terrorífica, sería de noche. Sabina, para lucir lo que leía en los libros, conseguía que todas las tardes se hablase de la masonería. A Treviso y al primo Juan Perú les enardecía el asunto y dejaban entrever que de masones sabían más de lo que resultaba decente contar delante de nosotras.

—Hoy en día es la misma cosa, porque todos los comunistas se han hecho masones.

—¿Habéis visto si tiene en la choza una escuadra y un compás? —preguntaba Treviso.

—A éstas se los va a dejar ver... Yo creo que la vieja, como mucho, es vigilante. O sea, para que lo comprendáis, ayudante especial del venerable.

—Y el venerable ¿cómo se llama?

—Anda, Juan, cuenta eso de que los masones matan a los niños.

—El venerable no se llama de ningún modo, es el presidente de la reunión, que se llama logia. Cuando se juntan en la logia es cuando matan a los niños, a los sacerdotes y a los renegados.

—Y ¿a cuántos matan? —insistía Isa o el menor de los Perú.

—Según y cómo.

Al final de aquellas vacaciones, o quizá durante las siguientes, Treviso me citaba junto a la tapia trasera de la huerta y, a cambio de un beso, me hacía una confidencia reservadísima. Así me enteré de que Mauricio Karl se llamaba de verdad Mauricio Carlavilla y de que, a su vez (y mediante otro beso), Mauricio Carlavilla era un seudónimo que usaba el Generalísimo para escribir libros donde se explicaban las atrocidades de los masones.

—La tenida es como una misa, con muchas ceremonias y mucho paripé. Los del grado treinta para arriba llevan mandil, para no mancharse el traje con la sangre de las víctimas. Una vez que te apuntas, y aunque te arrepientas, ya no te puedes desapuntar nunca jamás.

—Bueno, y ¿qué pasa si vas y te chivas a la guardia civil?

—Pues que la guardia civil te mete en la cárcel por masón.

—Y luego, un masón se disfraza de carcelero, entra en la celda y te ahorca. No hay manera.

—Lo he pensado mejor —precisaba Sabina— y seguro que la vieja es durmiente.

—Mentira, porque siempre se queja de que duerme mal.

—Idiota, durmiente es como un emboscado, que parece que no pero que sí. Por eso, disimula diciendo que se le aparece la Virgen, no vaya a ser que alguien la descubra cuando se le aparece Satanás.

—Pero ¿también el diablo es masón?

—Los ayuda, porque para ingresar en la masonería el primer requisito es vender el alma al diablo.

—No hablar del demonio, que me entra miedo por la noche.

Junto a la tapia, ofrecía mi mejilla y cerraba los ojos.

—El Generalísimo, cuando era teniente, quiso ingresar —mascullaba Treviso— y no lo admitieron por ser buena persona.

—La historia del conde no se entiende bien, Treviso.

—Porque no ponéis atención, que más clara no puede estar. El conde, que era riquísimo, se entera de que su único hijo se había hecho masón y que está arrepentido.

—¿Por qué se entera?

—Porque ve a su único hijo taciturno y demacrado, como con un remordimiento muy gordo, y va y se lo pregunta de hombre a hombre, y el hijo se desmorona y canta la gallina. Entonces, el conde hace un trato con los masones, de modo y manera que, si dejan borrarse al hijo, él se apunta.

—¿Quién él?

—El conde, jolines. Los masones dicen que bueno y le estrechan la mano rascándole la palma con un dedo. ¿Se entiende?

—Hasta ahora, sí.

—Llega el día fijado. Llega el conde y se encuentra todo preparadísimo. Le bajan a una sala subterránea, alargada como un túnel, iluminada sólo con velas, los masones y las masonas en dos hileras muy puestos ellos y ellas, y al final del túnel hay un crucifijo de marfil, colgado de un paño negro.

—Y ahora es cuando van y le dan el rifle al conde.

—Primero le dicen que tiene que pasar la prueba, como el examen de ingreso, ¿comprendéis? Y ahora es cuando van y le dan el rifle al conde. El conde protesta, que eso no era lo convenido, que él es católico, apostólico y romano, y que vamos, que no, que no está dispuesto, así por las buenas, a descerrajarle un tiro a Jesucristo. Pues que no sueltan al hijo de las garras de la masonería, le dicen ellos, los masones. El conde duda, vacila, se debate; en resumen, que no sabe qué hacer. Por fin,

prevalece la llamada de la sangre. Coge, apunta y dispara. En ese instante se oye un grito horroroso. Y el conde comprende la magnitud de su pecado.

—Lo que no se comprende es quién grita, ¿el hijo o el crucifijo?

—El hijo, bestia. El crucifijo es de marfil.

—Pero podía ser milagro, digo yo, y que gritase el crucifijo, porque, detrás del paño y justo detrás del crucifijo, el hijo tenía, según tú, los ojos vendados y una mordaza en la boca.

—Pero no es de milagros, lista, sino una historia histórica y verdadera. De donde resulta que el hijo grita y muere, el padre ya no se puede borrar, so pena de acusación de haber fusilado de un solo tiro al crucifijo y al hijo, y, para más inri, la inmensa fortuna del conde, como se ha quedado sin su único hijo, pasa en su día a los implacables y astutos masones.

—O sea, ¿que también hay mujeres masonas? —preguntaba Isa.

—Claro que sí. Se dice que hay niñas masonas, monjas masonas, incluso putas masonas. Hasta madres masonas hay.

—Madres masonas es imposible —afirmaba yo.

Y lo seguí afirmando verano tras verano, cada vez que el sacrílego parricidio se repetía en el corro de historias. Luego, llegó un verano en que ya ni los pequeños se interesaban por los misterios masónicos. Otros misterios, más simples y conmocionantes, nos ocupaban, nos separaban o nos unían. Si se hablaba en grupo, hablábamos ya movidos por la vergüenza a parecer puros, la estética nos iniciaba en la corrupción, en las artes de callar lo auténtico, crecíamos.

Un año Treviso y los primos ya no veranearon en la finca. Sus familias se habían trasladado a vivir en una colonia de hotelitos de una ciudad cercana al mar y sólo Olalla, invitada por mí, pasaba un mes o mes y medio de las vacaciones en nuestra casa de campo. Más tarde, quizá al terminar el bachillerato, cuando conseguí independizarme en la casa de la ciudad, era ya Sabina quien

se carteaba con Olalla, quien la invitaba, quien me sustituyó en la amistad.

Para entonces padre, cuyo expediente de depuración agonizaba en alguna oficina bajo el polvo de los asuntos pendientes, hacía ya tiempo que había sustituido también la calesa por un birlocho y por un automóvil. Viajaba con frecuencia y no se quejaba del alza de los precios. A Salamanca, durante uno de los últimos cursos de la carrera, me escribió padre que Honorio, tras siete años de cárcel, había vuelto a casa. Moriría Honorio a principios de los 60, en una época en la que yo apenas mantenía relaciones con los míos. Creía vivir libre y sólo temía sus cartas, la imposibilidad de negarme a pasar algunas navidades en la casa de campo.

Y durante meses y meses así fue, así viví (en la libertad que el olvido y la ignorancia permiten) una existencia desgajada de mi infancia. Cada vez eran más escasos y temidos los recuerdos y, sin embargo, cuando uno me asaltaba, la memoria reprimida se vengaba y, cebándose en el cementerio del tiempo, incesantemente desenterraba viajes en la calesa, atardeceres junto a la alberca, los insomnios de aquel invierno oyendo en el camaranchón las cacerías de la garduña, la sonrisa de la institutriz cuando fingió entrar por vez primera en la casa de campo, mis sollozos al leer el telegrama por el que padre me comunicaba el nacimiento de Diego, de aquel Diego que en unos años merodearía por los cerros (como su primo, el menor de los Perú) y al que jamás he reconocido otro parentesco que el de medio hermano.

Pero, siempre que recordaba, la avalancha de los recuerdos se detenía en los meses posteriores al final de la guerra y a la muerte de mamá. En aquellos meses se concentraba el desarrollo de lo que sería mi futuro. Allí comenzaron a germinar, lentísimas, las semillas de la ignorancia auténtica, que acabarían fructificando en una ignorancia simulada tercamente con fidelidad masónica. A lo largo de ese proceso (aún no cancelado) fui aprendiendo a no confiar, a preservarme, tanto o más que de la memoria, de la verdad. Ya nunca, por supuesto, recibí

uno de aquellos besos castos que Treviso me estafaba junto a la tapia trasera de la huerta, ni jamás volví a esperar que la Virgen se me apareciese. A cambio, conservé intacto el odio a los masones y, por supuesto, intacta la confusión que las palabras de padre me provocaron aquella noche de finales de septiembre, sentado al borde de mi cama, mis manos entre las suyas.

—Marcela, este año no volveremos a la casa de la ciudad. Vamos a quedarnos aquí. Estaréis mediopensionistas durante todo el curso. A tus hermanas les ha gustado el plan —algo debió de leer en mis ojos (sería angustia), porque añadió—: Siempre has detestado esa casa. No me digas que ahora tienes nostalgia de ella.

—Padre, ¿por qué tenemos que cambiar nuestras costumbres?

—Es necesario. Sé cuánto echas de menos a tu madre, Marcela, cuánto te ha dolido durante estos tres años la separación y cómo te obsesiona todavía su ausencia. Confía en lo que te digo, hija. No debes entristecerte. Yo te aseguro que, conforme crezcas y pase un tiempo, te sentirás resarcida de lo que crees haber perdido. Mientras tanto, ayúdate olvidando.

Pronto resultó cierta la nostalgia por la casa de la ciudad. A las pocas semanas del comienzo del curso, cuando ya empezaba a sentirse el frío antes de que se pusiese el sol, se hizo acopio de leña. Mis hermanas ayudaban a apilar troncos en la leñera. Yo las observaba desde la ventana de mi habitación, vestida aún con el uniforme del colegio, y su ruidosa alegría, azuzada por el constante regocijo de padre, fortalecía mi pesadumbre.

Una tarde, a la salida del colegio, encontramos que había venido a recogernos uno de los hijos de Honorio. Tardé en averiguar que la policía había detenido a Honorio mientras trabajaba en la huerta. Padre estaba de viaje y, cuando volvió, fue incapaz de dominar el miedo y la inquietud. Poco a poco, recabando noticias, recurriendo a los amigos influyentes, se fue calmando y ya al final del otoño recuperó el buen humor. Puso nuevos cerrojos y barras en todas las puertas de la casa, incluida

la puerta de la escalera al camaranchón. Allí, después de cenar y de pasar por nuestras habitaciones, se encerraba a trabajar. Algunas madrugadas, despierta y temerosa de volver a soñar un sueño horrible, le oía bajar, caminar sigilosamente por la galería y entrar en su dormitorio. Había llegado el invierno. ¿Por qué todos los míos eran felices?

En adelante ya no hubo diferencias entre verano e invierno. El tiempo se dividía por semanas. Los domingos, después de la misa mayor en la catedral, padre iba al casino y nosotras, si no llovía, al Parque. Comíamos fiambres, frutas y pasteles, en la cocina de aquella casa, ahora afantasmada por las sábanas que cubrían los muebles y las lámparas. Regresábamos a media tarde, ellos tres sin dejar de hablar o de cantar, indiferentes a la nieve o a la melancolía cárdena del horizonte. Yo deseaba llegar cuanto antes, para encerrarme a llorar en mi habitación y que las lágrimas aplacasen la congoja.

Una vez al año, en la época en que en otros tiempos nos trasladábamos al campo, se me permitía acompañar a las criadas a la casa de la ciudad y vivir allí los días que duraba la limpieza general. Me sentía otra, lavada de recuerdos y soledades, aligerada de rencor. Durante aquellas mis únicas fiestas anuales, año tras año fui acumulando valor y diligencia, a imitación de padre, para en el momento oportuno, que llegó al término del bachillerato, conseguir mi independencia en aquella casa, extraña y, paradójicamente, propia. Pero, antes de que lograse mi liberación, transcurrió mucho tiempo y apareció ella a mitad de aquel espantoso invierno de la garduña.

El malestar me despertaba, unas horas después de haber tomado a hurtadillas las aspirinas. Me quedaba inmóvil, intentando conjurar las punzadas en el vientre mediante el recurso de fabular mi futuro; me contaba historias a mí misma y veía los rostros atentos de los primos, de mis hermanas, de Treviso y de Olalla. El insomnio me erizaba los nervios y, buscando la fatiga, paseaba por la habitación, contemplaba las tinieblas

sobre los campos helados, fumaba mis primeros cigarrillos, incluso salía a recorrer a tientas la galería. Si el dolor me doblaba, me prometía que al día siguiente se lo contaría a padre. Una de aquellas noches oí los ruidos sobre mi cabeza y, de inmediato, comprendí que se trataba de una garduña.

De niña había visto muerto uno de aquellos terroríficos animales, que Honorio había matado gracias a su paciencia y habilidad. No había olvidado lo que entonces escuché a los mayores acerca de las garduñas. Refugiada bajo las mantas, el miedo me hacía sudar, atenta a los rasguños de las zarpas en el entarimado y las vigas, a los crujidos y a las pisadas enguatadas de un extremo a otro del techo. La sentía morder los muebles, hambrienta, desgarrar la tapicería de la otomana, romper las tejas en repentinas huidas. Al fin, no pude contenerme y le pregunté a padre:

—¿Has notado algo raro arriba, en tu despacho?

Se mostró alarmadísimo y me hizo tantas preguntas que acabé por confesarle no sólo la existencia de la garduña, sino también mis dolores. De inmediato subió al camaranchón, armado de un palo. A la noche había recuperado la tranquilidad y, a pesar de que parecía no haberse enterado de mi enfermedad, dos días después me llevó al ginecólogo.

—No hay garduña, fantasiosa, ni estás enferma. Lo único que te ocurre es que no tienes a quien contarle que te estás haciendo mujer.

Quizá la garduña y mi pubertad precipitaron los acontecimientos. En todo caso, ya eran otros los tiempos, Honorio había aprendido a leer y a escribir en la cárcel, padre había comprado unas tierras colindantes, recibía a los amigos en casa, nosotras no resultábamos tan fáciles de controlar. Estas y otras condiciones favorables para levantar el telón las consideré luego, cuando, aunque me resistiese a admitirlo, lo sabía. Entonces sólo supe que una mañana llegó, sonriente y tranquila, fingiendo que por primera vez entraba en la casa.

Era la institutriz. ¿Para qué una institutriz? Al mes era

la dueña de la casa, quien todo disponía y de quien todos dependíamos. Fue Isa, que prácticamente no la había conocido, la primera en desenmascararla. Sabina quiso hacerme partícipe de la farsa que padre y ella representaban. Pero yo me negué a saber y, siempre que me fue posible, la traté como a una persona del servicio, como a la asalariada que usurpa una posición indebida. No me dejé quebrar ni en los momentos en que su rostro, de repente tan amado y reconocible, ni sus palabras, rezumantes de ternura insidiosa, me impulsaban a abrazarla y, hundiendo mis labios en su falso pelo negro, a renunciar a la desolación. Luego, aunque no desistió, aceptó mantener entre nosotras dos la misma condición a que estaba obligada en sociedad.

Por influencia de ella probablemente, padre me autorizó a vivir en la casa de la ciudad. Y aunque tampoco él desistió durante años de que yo la reconociese, paulatinamente tuvo que ceder a mi separación casi total. Para cuando descubrí que padre la había embarazado, me había habituado a una cómoda naturalidad exenta de tensión o de crueldad. Inmediatamente después de la boda del viudo con la institutriz, favorablemente acogida por las personas de todas las clases (las mismas que, años atrás, confortaban al enlutado padre y a las enlutadas huérfanas durante sus paseos por la ciudad), Isa y Sabina ejercitaron sus reprimidos derechos a considerar y llamar madre a aquella mujer con la que, tras haber sido su barragana de camaranchón, padre se había casado por segunda vez.

En pocas ocasiones volví a llorar, después de que aquella mujer fue definitivamente clasificada como el único ser del otro mundo que se me ha aparecido. Estallé en sollozos irreprimibles al leer el telegrama mediante el que padre me participaba el nacimiento de Diego, ese fruto de un amor de topera al que jamás reconoceré otro parentesco que el de medio hermano. Muchas lágrimas me costó romper con Treviso, cuando quiso inmiscuir sus buenos oficios. Es a ella, alguna de esas navidades en que regreso a la casa de campo (por

completar la felicidad de padre con mi presencia), a quien se le humedecen los ojos. Y es que ambos van envejeciendo impúdicamente unidos, como quienes se han amado en exceso gracias a su miedo y a su egoísmo.

Lo mismo que me prohibí sufrir, tampoco me permito nunca reconstruir mentalmente aquellos años en que permaneció encerrada en nuestra casa. Ese juego de la imaginación lo reservo para el día, cada vez más cercano, en que reciba el aviso de que está agonizando y emprenda viaje, a fin de llegar a tiempo de no perdonarla por última y definitiva vez. Ese viaje bastará para imaginar sus años en su primera sepultura y para, en el momento oportuno, como homenaje a las ideas por las que sufrió persecución, en mérito a la inoportunidad de no haber muerto a su debido tiempo, ceñir a su mortaja el mandil de masona.

* * *

(1987)